

JUEGOS DE AMOR

Noroelle estaba sentada a la sombra de dos tilos y se dejaba mecer por la flauta de Farodin y la voz de Nuramon. Casi le parecía como si sus dos pretendientes le dieran cinco sentidos nuevos con sus dulces melodías. Miró ensimismada el juego de luces y sombras entre el follaje que se encontraba por encima de ella. Su mirada vagó hacia la fuente que se encontraba justo fuera de la sombra. La luz del sol brillaba en el agua. Se inclinó, dejó deslizar su mano y notó el cosquilleo del encantamiento presente en el agua.

Siguió con la mirada el agua que se vertía en el pequeño lago. Los rayos del sol penetraban hasta el fondo y hacían brillar las coloridas piedras preciosas que Noroelle otrora colocara allí con esmero. Aquellas piedras recogían el encantamiento del agua. La magia, que no estaba sujeta al lugar, salía del lago hacia el arroyo, desde donde era arrastrada por la corriente. Allí afuera, los prados se nutrían de la magia del agua y, por las noches, las hadas de los prados salían de sus flores y se reunían para revolotear bajo la luz de las estrellas y cantar a la belleza de la Marca Alba.

Los prados se habían vestido de floreciente primavera. Un suave viento traía a Noroelle las diversas fragancias de la hierba y de las flores; olores que se mezclaban bajo los árboles con el dulce aroma de las flores de tilo. Sobre la elfa planeaba un susurro que se unía al canto de los pájaros y al murmullo del agua y que acompañaba a los sonidos de Farodin y Nuramon.

Mientras que Farodin conseguía entretener la música de su flauta con las vibraciones del lugar, Nuramon superponía su voz a

ese tejido y concebía palabras tales, que a Noroelle le parecían las de un albo. Miró amorosa a Nuramon, que estaba sentado sobre una piedra plana a orillas del agua, y después a Farodin, que se apoyaba en el tronco del más grueso de los dos tilos.

El rostro de Farodin era el de un príncipe elfo salido de una de las antiguas canciones. Un rostro cuya noble belleza era alabada como esplendor de los albos. Sus ojos de un verde suave eran lo más bello de ese rostro. Y como marco, un pelo tan rubio que casi era blanco. Llevaba el atuendo de un minnesinger: camisa, pantalón, capa y pañuelo, y todo ello estaba hecho de la más fina seda roja de hadas. Sólo sus zapatos eran de suave piel de gelgerok. Noroelle miró cómo sus dedos bailaban sobre la flauta. Hubiera podido verle tocar el día entero...

Si Farodin representaba el ideal de elfo, no podía decirse lo mismo de Nuramon. Las mujeres de la corte a menudo se burlaban de su aspecto y, sin embargo, a puerta cerrada se morían por su extraña belleza. Nuramon tenía ojos marrón claro y pelo castaño y ondulado que caía algo silvestre hasta sus hombros. Su ropa del color de la arena no se correspondía con la imagen de un minnesinger, pero ofrecía un aspecto agradable. Había escogido tejidos de lana en lugar de la seda de las hadas, menos lujosos, pero tan aterciopelados y firmes que, al mirar su camisa y la capa del color del bosque, Noroelle habría preferido acercarse a Nuramon y reposar la cabeza en su pecho. Incluso las botas, del color de la tierra y hechas de una piel de gelgerok especialmente suave, despertaban en Noroelle el deseo de tocarlas. La expresión del rostro de Nuramon era tan cambiante como su voz, que dominaba todas las formas de canto y daba a cada sentimiento el sonido adecuado. Sin embargo, sus ojos pardos hablaban de melancolía y nostalgia.

Farodin y Nuramon eran distintos, pero cada uno de ellos impresionaba a su manera. Ambos tenían una perfección propia, de la misma manera que la luz del día es tan atractiva como la oscuridad de la noche, o el invierno lo es tanto como el verano, o la primavera como el otoño. Noroelle no quería perderse nada de eso, y comparar el aspecto de los dos hombres no le ayudaba a tomar una decisión.

En la corte, algunos le habían aconsejado que tuviera en cuenta la casa familiar cuando eligiera a su compañero. ¿Pero era acaso mérito de Farodin que su tatarabuela hubiese sido una alba rediviva? ¿Y era culpa de Nuramon que proviniese de una familia

que se había separado de los albos muchas generaciones atrás? Noroelle no quería que su decisión dependiera de lo que hubieran sido sus antepasados, sino de ellos mismos.

Farodin sabía cómo cortejar a una gran dama. Conocía todas las reglas y costumbres y se comportaba siempre tan adecuada y honorablemente que uno no podía dejar de admirarse. A Noroelle le llegaba al corazón que él pareciera conocerla en lo más hondo, que fuera capaz de llegarle adentro y que siempre encontrase las palabras adecuadas, como si pudiese captar cada uno de sus pensamientos y sentimientos. Pero precisamente ése era también su defecto. Farodin conocía cada canción y cada historia. Siempre sabía qué dulces palabras emplear, porque ya las había oído todas. Pero ¿qué palabras eran suyas y cuáles pertenecían a los poetas de antaño? ¿Salía de él esa melodía o ya la había oído antes? Noroelle no pudo evitar sonreír; ese defecto aparente no se aplicaba a Farodin, sino a ella. ¿Acaso ese lugar encantador no era tal y como lo habían descrito los antiguos trovadores? ¿El sol, los tilos, la sombra, la fuente, el encantamiento? ¿Y acaso los antiguos trovadores no cantaban las canciones más adecuadas a ese lugar encantador? ¿Podía entonces reprocharle a Farodin que hiciese lo que era adecuado en esa situación? No, no debía hacerlo. Farodin era la perfección encarnada, y a cualquier mujer de los parajes élficos la haría feliz ser cortejada por él.

Y sin embargo, se preguntaba quién era Farodin en realidad. Él se le escapaba como la fuente de Lyn escapaba a las miradas de los elfos por su brillante luz. Deseaba que él redujera su brillo por un momento y que su mirada pudiese así ver la fuente. A menudo había intentado moverlo a ello, pero él no había entendido sus gestos. Así pues, le había sido denegado mirar en su interior. Y a veces temía que allí pudiera acechar algo oscuro, algo que Farodin quería esconder a cualquier precio. Su amado emprendía largos viajes de cuando en cuando, pero nunca hablaba de adónde iba ni por qué motivo. Y a cada regreso, entre la alegría del reencuentro, a Noroelle le parecía ver que Farodin se cerraba más aún.

Por otra parte, Noroelle sabía perfectamente quién era Nuramon. A menudo había tenido que escuchar que Nuramon no era adecuado para ella, que no estaba a la altura de su dignidad. Nuramon no provenía de un nutrido clan, sino de una línea sobre la que pesaba la deshonra. Llevaba en su interior el alma de un elfo que no había logrado encontrar el destino de su existencia en todas las vi-

das en las que había renacido y, por tanto, no había partido a la luz lunar. Aquel que no encontraba este camino renacía dentro de su clan hasta que su destino se realizaba, sin poder acordarse de sus vidas anteriores.

Nadie había renacido tantas veces como Nuramon; estaba expuesto desde hacía milenios al juego de la vida, la muerte y el renacimiento. Además del alma, Nuramon también había heredado el nombre. La reina había reconocido en él el alma de su abuelo y le había dado su nombre. La búsqueda de su destino, que parecía no tener fin, había hecho que Nuramon conociera el escarnio incluso dentro de su propia familia. De momento, nadie tenía que preocuparse por sus recién nacidos; pero tan pronto como Nuramon muriese, la sombra de su alma volvería a planear sobre su clan. Nadie sabía cuándo nacería el siguiente Nuramon.

Al fin y al cabo, teniendo en cuenta su ascendencia, no podía esperar que lo admirasen. Por el contrario, todos decían que Nuramon seguiría el mismo camino que anteriormente; buscaría su destino, moriría en la búsqueda y renacería. Noroelle no opinaba lo mismo. Veía sentado ante ella a un hombre excelente, y mientras Nuramon cantaba una nueva canción sobre su belleza, Noroelle sintió cómo de cada palabra que él decía brotaba su profundo amor por ella. Lo que la cuna le había negado, lo había conseguido por sí solo. Solamente había una cosa que no se atrevía a hacer: acercarse a ella. Nunca la había tocado, nunca se había atrevido a hacer como Farodin y tomar su mano, y mucho menos besarla. Y siempre que ella intentaba hacerle una caricia inocente, él la rehusaba con dulces y embriagadoras palabras.

Lo mirara por donde lo mirase, por el momento no era capaz de decidirse por ninguno de sus dos pretendientes. Si Farodin le abriese su interior, lo elegiría a él. Si Nuramon se acercara a ella y tomara su mano, él sería el escogido. La decisión no dependía de ella.

Habían pasado ya veinte años desde que empezara este cortejo. Y podían pasar otros veinte hasta que ellos reclamaran una decisión. Y si no tomaba ninguna, el que mostrara mayor constancia sería quien ganase su favor. Pero si también en esto fueran los dos parejos, el cortejo podría durar eternamente, una idea que hacía sonreír a Noroelle.

Farodin entonó una nueva pieza y tocó tan íntimamente que Noroelle cerró los ojos. Conocía la canción, pues la había oído una vez en la corte. Pero cada sonido que tocaba Farodin sobrepasaba todo lo que ella había oído hasta el momento.

Por otro lado, la voz de Nuramon se desvaneció ligeramente hasta que Farodin comenzó una nueva canción.

–Primor de los albos, mira –cantó Nuramon.

Noroelle abrió los ojos, sorprendida por el súbito cambio de su voz.

–Una cara sobre las aguas.

Él miraba hacia el agua, pero ella no podía seguir su mirada, tan hechizada estaba por su voz.

–Oh, Noroelle, acude rauda / hacia la luz, desde las sombras.

–Noroelle se levantó y siguió las palabras; se apartó unos pasos de la fuente y se arrodilló junto a la orilla del lago para mirar en el agua. Pero allí no había nada.

–Tus ojos azules como un lago –siguió cantando Nuramon.

Noroelle vio unos ojos azules; eran los suyos, que a Nuramon le gustaba comparar con un lago.

–Tu pelo ondeando al viento.

Se miró el pelo, que acariciaba suavemente su cuello, y sonrió.

–Tu sonrisa como la de un hada. ¡Primor de los albos, mira!

Se miró fijamente y escuchó cómo Nuramon cantaba a su belleza en las distintas lenguas de los hijos de los albos. Todo sonaba bonito en los idiomas de las hadas, pero él podía cortejarla incluso hablando en la lengua de los kobolds.

No tenía su imagen ante sus ojos mientras le escuchaba, sino la de otra mujer mucho más hermosa de lo que ella se había encontrado nunca. Una mujer tan sublime como la reina, y dotada de una elegancia como la que se decía que tenían los albos. Aunque ella misma no se viera así, sabía que las palabras de Nuramon salían directas desde su corazón.

Cuando sus amados callaron, ella apartó insegura la mirada del agua y miró primero a Nuramon, luego a Farodin.

–¿Por qué os habéis detenido?

–Los pájaros están intranquilos. Parece que no les apetece seguir cantando –dijo Farodin mirando hacia el follaje.

Noroelle se volvió hacia Nuramon y le preguntó:

–¿Era realmente mi cara lo que he visto en el agua? ¿O era un encantamiento tuyo?

–No he hecho encantamiento alguno, solamente he cantado –le respondió sonriente–. Pero me halaga oír que no fueras capaz de ver la diferencia.

Farodin se levantó de repente y también lo hizo Nuramon, mi-

rando más allá del lago, hacia los prados que se veían en la distancia. Un grave toque de cuerno resonó por todo el lugar.

Ahora también se levantó Noroelle.

—¿La reina? ¿Qué puede haber pasado? —preguntó.

Farodin se acercó en pocos pasos a Noroelle y posó la mano en su hombro.

—No te preocupes, Noroelle.

Nuramon se había acercado también y le susurró al oído:

—Seguro que no es nada que no pueda solucionar una partida de elfos.

—Era demasiado bonito para que durase todo el día —suspiró Noroelle.

Vio cómo los pájaros se remontaban en el aire y volaban hacia el castillo de la reina, situado sobre un cerro más allá de los prados y los bosques.

—La última vez, la reina te llamó a la Ronda Élfica. Me preocupó por ti, Farodin.

—¿Acaso no he vuelto cada vez? ¿Y entre tanto no te ha alegrado el tiempo Nuramon?

Noroelle se separó de Farodin y se dirigió a los dos.

—¿Y si tenéis que partir los dos?

—Nunca me confiarían una tarea así —objetó Nuramon—. Siempre ha sido así y siempre lo será.

Farodin calló, sin embargo Noroelle dijo:

—Nuramon, yo te daré el reconocimiento que los otros te niegan. ¡Pero ahora partid! ¡Tomad vuestros caballos y cabalgad! Os alcanzaré más tarde y os veré esta noche en la corte.

Farodin tomó la mano de Noroelle, la besó y se despidió. La despedida de Nuramon consistió en una sonrisa llena de amor, después se dirigió hacia *Felbion*, su corcel blanco. Farodin ya estaba montado en su caballo marrón. Noroelle les despidió con la mano.

La elfa observó cómo sus dos amados pasaban cabalgando por los prados, junto a las flores de las hadas, en dirección al bosque y al castillo que se encontraba más allá. Bebió un poco de agua de la fuente y se puso en camino. Caminaba descalza por las praderas. Quería ir al roble del fauno. En ningún otro sitio podía hilar sus pensamientos tan claramente como debajo de aquel árbol. El roble conversaba con ella y en su juventud le había enseñado mucho de magia.

Por el camino siguió pensando en Farodin y Nuramon.